

Miró á su amigo. Una última frase le vino á los labios que no pronunció entera. Sin embargo, distinguió Valville esta palabra « talento ». Luego veláronse los ojos, abrióse la boca para respirar algunas veces. Dubois, llamado Brizard, acababa de morir; — y por vez primera y última, en efecto, había tenido talento.

## VI — El Tío Theuriot

AQUELLA noche, durante la cena y después, la conversación no versó más que sobre una huelga que estaba perturbando uno de nuestros más importantes servicios públicos. El sindicalismo está de moda este año. Las bellas damas vestidas por Worth y por Doucet que figuraban en torno de la mesa, deliciosamente adornada con orquídeas y figuras de Sajonia, habían, pues, *sindicalizado* del mismo modo que Andrés Chenier era ateo, según Rivarol: con delicia. Los hombres habían protestado con bastante dulzura. Luego, toda esta elegante comitiva se había puesto de acuerdo para reírse de las perspectivas abiertas en esta forma sobre el porvenir. Los parisienses ricos, parece que han perdido hoy hasta la energía del miedo, última forma que toma el instinto de conservación en los animales menos valerosos. Yo los miraba con la impresión que debió sentir este mismo Rivarol, cuando, en 1789, en ocasión de cenar con grandes señores, éstos le decían: « Usted exagera. En Francia todo termina por canciones. » Entre los convidados uno tan solo pareciome, por su silencio desaprobador y su fisonomía preocupada, poseer la exacta conciencia de las realidades próximas, sin duda porque debía estar metido en negocios; pero, ¿cuáles? No lo hubiera podido decir y, sin embargo, lo conocía desde hace veinte años. ¡Qué parisiense es esto también! Yo expliqué su visible preocupación por motivos de interés y sentí estimación por él. Nuestra época está de tal modo infestada de ideología y de la peor, que se experimenta una satisfacción del espíritu al encontrar á alguien que piense en lo suyo. De modo que cuando Amadeo Morand — este era su nombre — se levantó para irse, lo seguí. Contaba cambiar con él unos cuantos

de esos pronósticos de un pesimismo, por cierto inútil, que sirve de exutorio á las inquietudes impotentes. Tuve la sorpresa de oírlo contarme un recuerdo personal, una anécdota de guerra civil que apunté en cuanto volví á mi casa. ¡Estos episodios privados hacen tan reales, tan concretos los desastres sociales!

Es una verdadera lección práctica y los convidados de aquella cena de veras necesitaban una.

## I

— ... ¿Ha oído usted á todos estos *snobs*? principió Morand parándose en el escalón de la puerta para encender un cigarro. ¡Quizás será divertido!... He aquí lo que dicen cuando se les habla de la *gran noche*. Repitió por tres veces: ¡Divertido, divertido, divertido!... Esto me recuerda una aventura que me ocurrió cuando tenía diez y siete años. Me inspiró para toda la vida el horror y el terror de las revoluciones... ¿Quiere usted que se la cuente? Andaremos un poquito. Esta avenida de los Campos Eliseos es todavía soportable, por la acera... Nos hallábamos á la altura de la calle de Bassano. Luego, sin esperar mi respuesta: ¿Y usted, dónde estaba durante la Commune?

— En Santa Bárbara, dije, desde donde iba á asistir á la clase de filosofía del Colegio Luis el Grande.

— Entonces éramos vecinos, contestó; qué raro. Yo también era de la clase de filosofía. Iba á la clase de Napoleón y me hallaba en el colegio Vanaposte, calle de la Vieille-Estrapade, por el otro lado del Panteón. Yo no sé lo que ustedes pensarían en su colegio, pero en el mío nuestro estado de espíritu era el mismo que el de los convidados de esta noche. Nos resultaba todo aquello muy divertido también. Éramos diez y seis alumnos en vez de cien. Nuestros celadores se reducían al tío Theuriot, veterano de plos insectores, que dormía la mitad del día

sobre novelas tomadas en un gabinete de lectura situado en la calle Soufflot, gabinete que ha desaparecido como el colegio. El tío Theuriot tenía por apodo el de « Pipa » á causa de una fórmula favorita suya que consistía en decir: « Le apuesto una pipa de tabaco á que... » De maestros no teníamos ya más que dos. Uno para las ciencias y otro para las letras. Éste se llamaba Paumell. Estaba en la Escuela Normal. Casi siempre la hora de su conferencia la pasaba leyéndonos autores modernos con una despreocupación igual á la nuestra. Hoy, todavía, tanta inconsciencia me resulta un enigma. La declaración de guerra, Sedán, el sitio; todas estas terribles pruebas se habían sucedido sin parecernos verdaderas, lo mismo que á los chorlitos de la cena de ahora les ha parecido la asombrosa sublevación de un proletariado sin piedad. Paumell estaba preparándose á sus oposiciones como nosotros al bachillerato, como el tío Theuriot leía las obras de Alejandro Dumas, con tanta tranquilidad como si la gran voz de los cañones no nos hubiera dicho durante todo el día que estábamos en estado de guerra; ¡y qué guerra!

— Señores, nos dijo un día, sin embargo, en los primeros de mayo, me despido de ustedes por unos días. Tengo malas noticias de mi madre. Parto para la Borgoña esta noche. Acabó su conferencia con esta despedida. Y como le pidiera yo en la puerta de la clase algunas indicaciones de lectura, me dijo: Véngase usted conmigo, Morand. Tengo un encargo que hacer. Me acompañará usted y hablaremos. Parece que nos estoy viendo á este amable profesor y á mí al pasar por la puerta del colegio. Ya no se necesitaba permiso para salir y entrar. Sí, estoy viéndonos dirigiéndonos hacia el Luxemburgo y atravesarlo. Luego llegar á la calle de los Santos Padres. Oblicuar hacia la derecha por la calle de Santo Domingo, intacta entonces, y detenernos ante el Ministerio de la Guerra.

— Hemos llegado, dijo Paumelle. Voy á pedir un pasaporte á un antiguo cacique (1). Es jefe del gabinete del

(1) Nombre del jefe de sección en el lenguaje especial de la calle de Ulm.

ministro de la guerra; ¿qué raro, eh?... ¿No tiene usted gana de ver lo que pasa en esta jaula? Será quizás divertido... ¡Divertido! ¡También él, ya ve usted!... Suba usted.

Accepté. Los menores detalles de esta visita se me hubieran quedado presentes aún si no hubiera hecho en la escalera un encuentro que tuvo trágicas consecuencias. No he entrado en ese ministerio más que esta vez. Dos federados de arisco semblante daban la guardia delante de las garitas que flanqueaban las puertas. Tenían más de cuarenta años. Sus barbas enmarañadas eran canas, la cara con manchas rojas y en los ojos brillaba una mala mirada, ¡y qué capotes, rotos, hechos girones! ¡qué kepis deformados, ajados, rotos! En cambio, los oficiales pululaban en las escaleras, á cual más atildado, con mujeres riendo en voz alta, pintadas, teñidas, algunas con uniformes de cantineras de zarzuela. Toda esta gente fumaba, charlaba, floreaba á maravilla, realizando la frase atribuida á Dantón: « He acariciado á las hembras... », y lo demás. Yo me sentía atrozmente intimidado, pobre burguesillo, en este extraño *pandemonium* y más aún cuando uno de esos oficiales de circo me llamó por mi nombre:

— Morand... ¡Qué casualidad! ¿No me conoces?

— ¿Courlet? exclamé. ¿Es posible?

— Y bien, sí, soy yo... Pero tú, ¿qué haces en París?

— Sigo en casa de Vanaboste, donde estudio el grado.

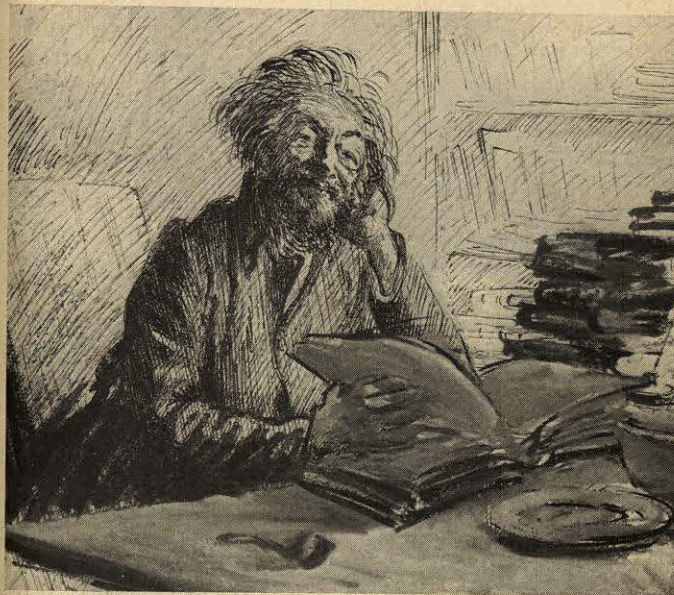
— ¿El bachillerato? dijo Courlet estallando de risa.

¡En tiempo de revolución! Mirame. Con veinte años soy ya coronel... ¡Tiene gracia! oye, ¿no es verdad que tiene gracia? »

El joven con el cual cambiaba estas frases llevaba en efecto un uniforme adornado con cinco galones de oro en el cuello y en las mangas. Su kepis también los tenía. Agujetas de oro le brillaban en el pecho. Todo esto nuevecito y de un ancho muy por encima de lo corriente. Como le pareciera que aún le faltaban galones, se había hecho coser en las mangas, desde los puños hasta los hombros, botoncitos de metal dorado. Tenía galones de oro en el pantalón y espuelas doradas en botas relucientes como si fueran metálicas. Tenía ancha cara sonrosada con una

especie de espuma rubia de una barba ya bastante poblada, ojillos azules maliciosos y aspecto de chiquillo grande. El sol que entraba por la ventana, le hacía brillar como el escaparate de un joyero.

— ¡Sí, repetía, cuando me acuerdo que estaba aún al



El tío Theuriot.

lado tuyo en casa de Vanaboste, hace año y medio!... Qué buena idea tuve de escaparme por encima de las tapias para reunirme con Margot. ¿Te acuerdas cuando me daba celos y yo no podía trabajar? Entonces me hacías tú mis temas y mis versiones para que no fuera castigado el domingo. Tú, hijo mío, eres un buen muchacho, tendré que pagártelo. — ¿Quieres entrar mañana en la diplomacia? Eres fino, distinguido; ¡si quieres, mañana se te nombra secretario de embajada.

— Déjame el tiempo de consultar á mi familia, contesté riendo.

— Desconfías y te largas, contestó Courlet no menos alegre; quizás tengas razón. Pero que esto dure ó no, nadie me quitará haber pasado buenos ratos. ¡Qué suerte he tenido de que el tío Theuriot no me cogiera cuando volví por la mañana y salté del muro al prado! ¿Está siempre allí ese bribón de la Pipa?

Á pesar de su buen humor, una chispa de rencor había pasado por sus claras pupilas. Entre Courlet y el viejo vigilante había sido una lucha larga con *pensum* y arrestos por un lado é insolencias por el otro hasta la expulsión, la cual había tenido por consecuencia el lanzar á Courlet en pleno barrio latino del fin del Imperio. No tenía el joven padre ni madre. Su tutor, desalentado, le había dejado que preparase los exámenes á su gusto. Era el sexto establecimiento que despedía á su intratable discípulo. El joven, abandonado á su propia inspiración, se había metido en política y de la más activa. El cuatro de septiembre lo encontró encarcelado y el treinta y uno de octubre lo había vuelto á encarcelar. El 18 de marzo lo sacó de nuevo. Tenía delante de mí el resultado de estas varias calaveradas.

— Con todo, concluyó después de haberme puesto al corriente en pocas palabras, le guardo algún rencor á Theuriot... Será menester que baje yo por la calle de la Vieja Estrapada uno de estos días y le dé un susto, pero uno de esos sustos... Está tranquilo, no será más que un susto... Cuando digo que le guardo rencor es por gusto de decirlo... Sigo con el mandarín... ¿Recuerdas?

Era una alusión á un apodo que se había dado él mismo cuando era mi vecino de estudio, por un juego de palabras deplorable. De la expresión: *Je m'en f...*, que le era familiar, había hecho á causa de la desinencia *u* el nombre de un chino *Ge-Men-Fu* y de este chino un mandarín. No exageraba. Era menester que tuviera una salud de bronce — como decía también — para conservar esta jovialidad en la más peligrosa de las situaciones. ¿Se extrañará usted si le confieso que su charla me asombró en vez de indignarme? Le envidiaba algo esta atrevida filosofía y sus galones, mientras volvía una

hora más tarde á mi jaula de bachillerato, después de despedirme de él y de Paumelle. Me había sugestionado hasta tal punto, que lo primero que hice fué contar este encuentro al tío Theuriot. Adelanté de esta manera la farsa anunciada por mi camarada. ¡Sabía perfectamente que el inocente « La Pipa » enfermaría de susto con la sola idea de que la venganza de su antiguo subordinado estaba suspendida sobre su cabeza!

## II

— ¡Qué vergüenza! gimió el maestro. ¡ Un antiguo *Napoléon*; en las filas de esa turba de bandidos! Ya ve usted hijo mío, el liceo de Casimiro Delavigne!... ¿Tendría razón cuando decía al señor Vanaboste: Señor Director, sabe usted lo que es Courlet? Un miembro gangrenado y un miembro gangrenado se ha de cortar. Morand, le apuesto un pipa de tabaco á que no hemos concluido con él... ¿Y coronel? ¿Usted dice que es coronel? Un granuja que ni siquiera sabía bien las reglas del participio...

— Es un buen muchacho, crea usted, señor Theuriot, insistí con maldad, y prueba de ello, es que me ha prometido visitarnos uno de estos días.

— ¿Aquí? ¿Courlet va venir aquí?... El digno hombre se había puesto pálido. No añadió una palabra y se fué á sus habituales tareas, que ya puede usted juzgar por su observación acerca de los participios. Consistía en examinar nuestros ejercicios desde el punto de vista más humilde, el de la ortografía, y cumplió con su deber en los días siguientes con una evidente distracción. Yo lamenté mi estúpida malicia al adivinar la angustia que le había causado. Esta amenaza de Courlet de bajar al colegio lo aterrorizaba literalmente. Cuando paseaba en el patio ahora, cada campanillazo en la puerta le hacía estremecerse. En clase, en vez de soñar ó de dormir con

los *Vizconde de Bragelonne*, José Bálsamo ó los *Mohicanos de París*, afilaba febrilmente un lapiz ó dibujaba figuras de geometría en una hoja de papel con la nerviosidad maquinaal de quien quiere hacer más corto el tiempo. En el refectorio, la ración de carne quedaba en su plato casi sin empezar. Adelgazaba. Lo sorprendí consultando una guía de ferrocarriles para huir de París y de su enemigo. ¿Pero dónde hubiera ido el desgraciado « La Pipa »? Era hijo del antiguo conserje del colegio Vanaboste. Después que murió su padre lo habían educado allí por caridad. Era, como él mismo decía en su vida de pedantismo, su *última thule* aquella fábrica de bachilleres.

Además los días se sucedían y Courlet no se presentaba. ¿Había olvidado el colegio y el proyecto de su pesada broma? ¿Lo habían herido ó muerto en una de esas escaramuzas á que los federales se arriesgaban de tiempo en tiempo? Sin duda esta idea había cruzado también por la mente de Theuriot, pues su febril aprensión parecía desvanecerse. Cortaplumas y lápiz descansaron; las hojas grasientas de José Bálsamo empezaron de nuevo á pasar bajo sus dedos, amarillos por el humo del tabaco. De nuevo vimos sus párpados, en forma de capota, cerrarse detrás de las gafas, su boca sin dientes abrirse, su calvo cráneo inclinarse y su barba hirsuta arrastrarse sobre los libros, todo con un ronquido significativo. Sus platos del almuerzo y la comida, de nuevo empezaron á limpiarse á fondo, por un procedimiento de rebañadura, con un pedazo de pan que nos hubiera valido á nosotros lindos sermones en la familia. En una palabra, estaba más que tranquilo, rayaba en la alegría más lúcida, cuando me dijo una mañana á fines de mayo fro-tándose las manos :

— Hace mucho tiempo que no le he ganado una pipa de tabaco, mi querido Morand. Apuesto una á que estos bandidos no tienen ya ni para una semana. ¡Je! ¡je! ¡se van á terminar las borracheras, señores cerdos de la Commune!

Parece que lo estoy oyendo como si estuviera aquí, con un silbido que venía de su mellada dentadura. ¿De dónde le venían estos datos? ¡Me profetizaba esto el viernes y el domingo entraban los versalleses!

— Mi pipa de tabaco, Morand, he ganado... He ganado.

En estos casos se hacía concienzudamente entregar bastante tabaco para llenar una pipa de espuma, amorosamente culotada, que llamaba Cleopatra, bajo el pretexto de que la reina de Egipto debió ser etiope. Sí, he ganado, los versalleses están aquí. El coronel Courlet no debe estar tranquilo, ¿eh? á menos que haya huido. Usted recordará á Horacio : *relicta non bene parmula...* Vamos, mi tabaco.

¡Me alargaba la pipa mientras hacía la cita, con un gesto tan alegre, tan cordial, sus ojos chispeaban con tanta vivacidad! Todavía me estremezco. Cuántas veces he visto esta ceguedad moral, este saludo vehemente hacia el acontecimiento que nos será más funesto. Le ahorro mis reflexiones para llegar al hecho. Ya que estaba usted en París, recordará el trágico cambio que se hizo de repente, y qué atmósfera de temor invadió toda la ciudad. Las tiendas se entreabrían, dispuestas á cerrar sus escaparates á la primera alarma. Ningún transeunte. Los guardias nacionales circulaban por escuadras con pasos precipitados. El cerco del combate se iba reduciendo, se podía uno dar cuenta de ello, al oír el estrépito de los tiros más cercano de hora en hora, casi de minuto en minuto. Toques de clarín los acompañaban que hacían más amenazadores los fuegos de los incendios que enrojecían el cielo. Enfrente ardía el Louvre, á la izquierda la calle de Lille. Los obuses silbaban, primero muy lejos, luego más cerca. Por fin la tormenta alcanzó el pacífico monte de Santa Geneveva. La explosión del polvorín del Luxemburgo lo anunció. La tremenda ola de aire hizo saltar en pedazos todos los cristales. Apenas salidos de estas sacudidas, sonaron varios culatazos dados contra la puerta que nuestro director había cerrado con cerrojos. No hubo contestación. Los golpes aumentan. Vanaboste va á parlamentar en persona. Me hallaba detrás de él en ese momento. Temblaba tanto que le costó trabajo introducir la gruesa llave en la cerradura. Á su pregunta espantada : ¿Quién es? contestó un vigoroso : « Amigos, señor Vanaboste, amigos... » Creo conocer la voz de Courlet. Se abre la puerta. Era él. ¡Oh! un Courlet menos brillante que el del ministerio. Su magnífico uniforme no había

sido ni cepillado ni limpiado desde varios días. Los galones estaban sin brillo y descosidos á trechos. El polvo blanqueaba sus maravillosas botas. Una rasgadura se veía en el kepis, ¿producida por un balazo, ó por la punta de un sable? De donde quiera que viniese en este momento, de la barricada ó del café, — con él todo era posible — una cosa no había cambiado : su fisonomía. Seguía siempre siendo el gigantesco estudiante emancipado, el discípulo bromista del mandarin. Me vió. Su mano esbozó un saludo. Luego, con su broma habitual y su modo de hablar especialísimo dijo :

— ¿Le extraña verme, ciudadano Vanaboste? No tenga usted miedo, hombre, yo no le guardo rencor. Comprendo perfectamente que se haya cansado de un tipazo como yo... Dejemos esto, prosiguió respondiendo á una protesta del infeliz director. He aquí lo que ocurre... Al decir esto me guiñaba el ojo con malicia : Como ha dicho un juicioso autor : *Voiciski*, era polaco, *Paz* era su nombre (1) y agregó gravemente : El Panteón va á saltar, señor Vanaboste. Está lleno de pólvora. Me enteré de ello. Pensé, tengo compañeros ahí en la jaula. Vamos á avisar al patrón. ¿Quiere usted seguir mi consejo? Guilleselas usted con toda la banda. Vayan al hospital de la Pitié... Está abajo del monte de Santa Genoveva. Hay patios y no hay catacumbas. Cuando el montón se derrumbe estarán resguardados... No me dé usted las gracias y aligere...

(1) Juego de palabras intraducible. *Voici ce qui se passe*, que se pronuncia *vuaciskispas* de donde el bromista forma *Paz-Voiciski*.

## III

Iba á retirarse. Una chispa de picardía pasó de nuevo por sus ojos azules. El Vanaboste estaba ya colgándose de la campana del patio, de la que tiraba á más no poder para convocar á todos los habitantes del colegio. Courlet vino hacia mí :

— Oye, Morand, preguntó, ¿« La Pipa » sigue aquí?

— Sí, contesté, ¿por qué?

— Porque con todo, quiero tomarle un poco el pelo. Mira. Para ir de aquí á la Pitié, pasen ustedes por la calle de Lacepede... Procura estar junto á él. Vamos á reir. Hay que aprovecharse porque esto no va á durar.

— ¿Por qué no te pones el uniforme del colegio, le dije, y te quedas con nosotros? Vanaboste no te denunciará, ni nadie. Y ya que la Commune está perdida...

— He tomado mis precauciones, interrumpió. Margot... Y contestando á un gesto mío : Eso es, he vuelto con ella. La he alojado en una casa muy segura, muy cerca de aquí. No hay portero, no nos hará traición, ya estaría allí si no fuera por tí. Eso es. Qué cara tendría yo de dejar á mi Morancito que se enterrase vivo, y luego, te repito, que quiero tomarle el pelo á Theuriot... Eh, qué ocurrencia la de acordarse de esto en tales momentos. Tengo el derecho de divertirme un poco. He arriesgado mi pellejo como un veterano todos esos tiempos, esta mañana misma. Y qué asco me da la gente... Designaba con un guiño á los cuatro federales andrajosos que con el fusil dispuesto lo esperaban. ¡Cuántas porquerías he visto en estos tunantes!... Pero *alea jacta est*, como diría « La Pipa », traducción libre : El *Pale ale está servido*. Hasta ahora, amigo, que vayas, insistió al irse, ¡que vayas!

¿Por qué me presté en circunstancias tan terribles á esta necia niñería? Porque era un niño simplemente con mis diez y ocho años, y Courlet también, á pesar de sus

galones, su hermosa barba rubia y su alta estatura. Un cuarto de hora después de esta conversación, todos los Vanabostes huían por pequeñas entregas para no llamar la atención hacia la calle de Lacedpede. El tío Theuriot y yo formábamos la retaguardia. Desembocamos los últimos en la plaza Mouffetard transformada en fortaleza por enorme barricada que se apoyaba por un lado en la entrada de la calle del cardenal Lemoine, y en el otro lado en el ángulo de la plaza. Se franqueaba el enorme ángulo por dos aberturas : una que se hallaba en la punta de la calle de Mouffetard, la otra hacia la calle de Roll. Todos estos detalles se me han quedado atrozmente presentes. No pasa año que no vuelva yo á este siniestro sitio. Piedras amontonadas al lado de estas dos brechas podían cerrarlas á la primera alarma. Llegamos pues Theuriot y yo á la plaza. Vemos á los de Vanaboste, que nos precedían, desaparecer por la primera de las dos aberturas. Seguimos el mismo camino. Apenas estábamos en el interior de la barricada, cuando el incorregible Courlet surgió delante de nosotros en actitud amenazadora, una mano puesta en el puño del sable, la punta de la vaina plantada en tierra, la visera del kepis inclinada sobre los ojos, la boca de mal humor y con su mano libre tiraba de la barba con gesto irritado. Era menester estar en el secreto de la comedia para no tomar en serio esta cara temible de un insurrecto así colocado en un campo de batalla, entre el ruido de los tiros y cañonazos. El tío Theuriot, al ver esta terrible aparición, dió un grito de terror y se echó atrás. La mano del cruel burlón se había posado ya en el hombro del maestro y le decía :

— ¿Quería usted hacer rabona? No, papaito. Le apuesto una buena pipa de tabaco á que vamos á hacerle reír como un loco... ¿Qué edad tiene usted, tío Theuriot?

El viejo perro escolar tuvo la fuerza de contestar, y estoy seguro de que era sincero en este recuerdo del deber profesional :

— Déjeme usted marchar, señor, y reunirme con estos niños que están bajo mi vigilancia.

— No lo van á reclamar, replicó irónicamente el guasón. Está usted bien tranquilo acerca de este particular.

Y bien, ¿no quiere usted decirnos su edad? Pues yo la conozco; treinta y nueve años.

— Cuarenta y nueve, señor, protestó el maestro de estudios que se acordó del horrible decreto por el cual la Commune ordenaba que todos los parisienses menores de cuarenta años tomasen las armas, y repitió : Cuarenta y nueve y siete meses...

— Se explicará usted delante del consejo de guerra, dijo el implacable Courlet. Hasta entonces á la cárcel. Que se le meta en el calabozo, prosiguió dirigiéndose á un grupo de soldados. Les señalaba una puerta en la cual estaban trazadas con tiza estas palabras : « Puesto de policía ». Antes de que el pobre diablo hubiera dicho una palabra lo agarraron por los hombros, y le encerraron en aquella cárcel improvisada. Courlet dejóse caer en un montón de adoquines estallando con aquella risa gorda que le era habitual. Sacó el reloj y dijo :

— ¿Las dos? Á las dos y quince le devuelvo la libertad. Broma por broma. Me ha dado una cuando me cogió al saltar yo por la tapia del colegio, con tanta gracia. Acabo de darle otra cogiéndolo al paso. Estamos en paz... Pero tenemos lugar. Precisamente estamos cerca de Margot. Vive en la calle Gracieuse. Ven, para que sepas dónde encontrarme cuando esté proscrito como el difunto Mario... con todo no hay lugar de aburrirse en estos grandes movimientos... La cuestión es no quedarse en ellos. Y agregó en tono alegre : ¡ Y no me quedaré !

## IV

No dejaba yo de tener algún remordimiento de dejar al Sr. Theuriot en esta situación precaria. Los federales, á los cuales mi camarada había confiado su guardia, no tenían apariencia de representar una comedia, ni de tomar en broma la revolución donde arriesgaban su pellejo. Se lo he confesado ya á usted, la animación endiablada de

mi antiguo colega me hipnotizaba, y no se trataba más que de ir á dos pasos de distancia. Allí, en una casa vieja de miserable aspecto, de esta antigua calle de bonito nombre — bien poco lo merece — habitaba la joven por la cual Courlet se había hecho expulsar del Colegio. Por causa de ella también, á fin de no alejarse de París, había ingresado en la Commune. El piso de Margot se componía de cuatro habitaciones mantenidas en una limpieza de burguesa: en las paredes, grabados con marcos los cuales habían servido de primas á periódicos ilustrados, muebles comprados de lance, fotografías en el tablero de la chimenea, la de la dueña de la casa y de sus parientas, en una palabra la morada clásica de la *cocotte* del barrio latino, que ha sido obrera pero que sueña con llegar á ser burguesa. Figúrese en ese medio una persona de unos treinta años, todavía bonita, aunque ajada, y que no practicaba tampoco la filosofía del mandarínato. Comprendo muy bien la cosa á distancia: desempeñaba con Courlet el papel del amor abnegado y desinteresado. Salvarlo ahora sería el casamiento seguro, tanto más cuanto que después de su loco ingreso en la Commune, pasaría años antes de volver á tomar pie en su verdadero medio social. Pero había que salvarlo. Llegaba á la hora decisiva. La mujer se daba cuenta de ello. En su inquietud se le había olvidado rizarse el pelo y sus cabellos pajizos, de mechones ya claros, estaban mal sujetos por el peine. El pesado talle, estaba envuelto en un *matiné* de percal, los pies calzados en anchas pantuflas ladeadas, ya no tenía nada común con la persona atildada, ajustada, adornada á la cual había sido yo presentado en un restaurant del Barrio, año y medio antes. Me conoció y mi presencia en su casa le pareció como anuncio de salvación.

— ¡Ah! señor Morand, dijo, usted me lo trae! ¿No es verdad que es preciso que se oculte desde ahora mismo? Todo está perdido... Te juro que todo esta perdido, amigo mío... ¡Ah! estoy que no vivo. Todos estos cañazos me hacen palpar el corazón... Ahora ¿no es verdad señor Morand? ahora mismo es cuando es preciso que se oculte? Esta noche será tarde ya...

— Con todo esto, danos una copita de coñac, Margot, contestó Courlet, á fin de sostenernos. No te traje á Mo-



Me conoció y mi presencia en su casa... (pág. 266).



rand para que lo fastidies con gemidos, sino para que sepa dónde hallarme la semana que viene...

— ¿La semana que viene? dijo la hembra. ¿Llegará para ti, si sigues de este modo?...

— Llegará, contestó él, y Morand vendrá á charlar conmigo aquí. Durante algún tiempo no podré salir. ¡Y aún !... Mira Morand. Tengo ya el baúl listo y un disfraz entero. Me quito esto... señalaba el uniforme. Tengo un escondite asombroso. Te diré cual. Me afeito la barba, tiño mi cabello. Me arreglo la cara... En cuanto al pequeño Thiers y sus espías, soy su mandarín, ¡y tanto! Ya ves que tenemos provisiones. Obtuve este aguardiente en el ministerio de la Guerra, que lo tenía de la bodega de las Tullerías... Así es... — Y tu, Margot, besa á tu hombre, que viene á decirte que cena aquí esta noche y que deja la barricada... Está decidido... Estamos perdidos... no es preciso aferrarse hasta perecer. Me bati lo bastante para que no se diga que soy un cobarde...

— Entonces, ¿te quedas?... imploró ella.

— Un cuartito de hora aún, y vuelvo, contestó sin broma. Tengo una última orden que dar. ¿No es verdad, Morand?... Se trata de un viejo chocho á quien acabo de dar una buena broma. Ya te lo contaré... Vamos, Margot, un beso, y hasta la vuelta... Y henos allí bajando la escalera y caminando otra vez hacia la barricada, y él de nuevo con guasa :

— ¿Es monilla mi Margot, verdad? ¡Lo que es la vida! Si no hubiera yo vuelto á casa de Vanaboste á las diez una noche que había permiso de doce, y si el portero no me hubiera llamado, diciéndome: « ¿Tan temprano, señorito Courbet?... no me hubiera hallado en la acera sin nada que hacer. No hubiera entrado en ese cafetín de la calle Cujas donde servía Margot. No nos hubiéramos encontrado nunca. No me hubiera enamorado de ella como un tonto, y lo demás... ¿Qué raro, verdad? Y decir que todos los tipos que están en la Commune se hallan en ella por motivos tan extravagantes, y los del otro partido igual, por cierto... ¡ay! ¡qué gracia! ¡qué gracia!... Pero ¿qué es esto, fuego de pelotón?...

Una descarga de fusiles acababa de estallar en un patio

á unos pasos de distancia. Lo repentino del caso resultaba tanto más siniestro cuanto que el tumulto, todavía distante, de la batalla hacia parecer silenciosa esta vertiente del monte de Santa Genoveva donde nos hallábamos. Era el momento en el cual las tropas regulares desembocaban por el Luxemburgo y atacaban el extremo de la calle Soufflot. Este movimiento había determinado la retirada por allá al Panteón de unos jefes de la resistencia y su presencia el drama que el fuego de pelotón nos anunciaba. Ibamos á enterarnos de su trágico detalle.

¿Qué hay? ¿qué ocurre pues? repetía Courbet dirigiéndose á dos soldados que salían, con el cañón del fusil aun humeante, del patio donde había salido el terrible ruido.

— ¡Oh! ¡casi nada!... dijo uno de los federales... un viejo que quiso saltar por la ventana del puesto. Llegaba el general X... Como el otro resistía, el general dijo : Al muro, para dar ejemplo... Y tiene su cuenta el peregrino. Ya no molestará más...

## V

— ¿Y era el tío Theuriot á quien acababan de fusilar de este modo? pregunté al ver que callaba mi compañero.

— Sí, contestó Amadeo Morand... ¿Me está usted viendo? Tengo cincuenta y siete años. He atravesado horas imponentes en mi vida, como todo el mundo. No he sentido nunca nada comparable á lo que experimenté al entrar en ese patio, y al ver tendido en el suelo, con la cara en tierra, en un charco de sangre que se coagulaba en los adoquines, á mi pobre maestro, á quien uno de sus antiguos discípulos quiso dar « una buena broma ». Y allí estaba Courlet, lívido como la muerte, apoyándose en el muro para no caerse. ¡Oh! no se trataba ya del mandarín ni de Margot, ahora. Nos quedamos unos instantes sin hablar. De repente lo vi erguirse.

— Adiós, Morand, me dijo con voz alterada : He

aquí tu camino... Llevad á mi amigo á la Pitié, ordenó á unos de sus subalternos, y sacando una cartera del bolsillo trazó unas palabras con lápiz : Toma este salvoconducto, dijo. Es más seguro. Vete... « Y señalaba con



... tendido en el suelo, con la cara en tierra... (pág. 269).

el brazo la puerta del patio que acabamos de dejar con tan inexpresable horror.

- ¿Y tú? pregunté yo, ¿qué vas hacer?
- Mi deber, contestó con acento aun más ahogado. ¡ Soy yo, yo, quien ha causado esto !...
- ¡ Tú ! exclamé. No, es la fatalidad.
- ¡ Yo ! te digo, ¡ soy yo !
- Ciudadano, dijo el guardia nacional que debía servirme de guía, tocan generala. Marchemos, ya es tiempo... Sin duda va á saltar el Panteón...

« Seguí á aquel hombre, maquinalmente. Aconteció lo que usted sabe. No saltó el Panteón. Aquellos bárbaros eran á la par ignorantes. Habíanse olvidado de aislar el hilo que debía dar fuego á la pólvora. El monte de Santa Genoveva fué tomado, calle por calle, luego el Jardín de Plantas. Volvimos al colegio aquella misma noche. Ya calcula usted en qué estado volví. Habían alojado en casa á unos enfermeros. Quise acompañarlos, á la noche, cuando fueron á visitar los cadáveres de la plaza del Panteón, y allí, detrás de la barricada, hallé el cadáver de Courlet en la misma postura que poco antes el del tío Theuriot. Preso del delirio del remordimiento, el desgraciado muchacho había llegado en ese sitio á batirse como un desesperado y hallar la muerte. Sin embargo no había cometido más que el delito de querer bromear con la Revolución. Se juega aun menos con ella que con el Amor. He aquí por qué las ocurrencias de aquellas bellas damas y caballeros de esta noche me eran intolerables. Se parecía el giro de sus dichos al de mi camarada, que tan caro lo pagó — y no él solamente. »

1907-1910.

FIN